

## COMENTARIO A LA PRESENTACIÓN

DEL DR. CÉSAR MEREÁ

Metapsicología: De la tercera tópica freudiana al aparato  
psíquico extenso

Dr. MARCOS BERNARD

No es fácil tratar de abarcar la riqueza de conceptos e ideas expuesta por C. Mereá en su trabajo: teniendo en cuenta los límites de este comentario voy a limitarme especialmente a lo expuesto por el autor en la addenda al capítulo 6 de su libro *La extensión del psicoanálisis*, que me parece resume adecuadamente lo esencial de sus ideas.

Ante todo deseo expresar mi total acuerdo con el autor, respecto a reconsiderar los límites del psiquismo: un aparato cerrado, o al menos preponderantemente autoformado, dejaría sin sustento el sentido de nuestro trabajo como psicoanalistas. Freud describió tres series complementarias, y tener en cuenta las dos últimas nos lleva inevitablemente a pensar en un psiquismo en constante proceso de cambio (aun cuando reconozcamos la preponderancia relativa de lo congénito y de las experiencias infantiles en su constitución). No obstante, creo que debería proponer algunos matices a su concepción de un psiquismo abierto.

En la página 5 de esta addenda afirma Mereá: "[...] El papel del vínculo con el semejante, que —si bien ya representado en el "Proyecto de una psicología..." en cuanto a su importancia como asistente e identificador, cobra carácter intersubjetivo definitorio en la consideración del otro como 'objeto, auxiliar, modelo o enemigo' (y —agrego— en ninguna otra posición posible) en la 'Psicología de las masas y análisis del Yo'".

Es posible que pudiéramos, no obstante, pensar en otra función posible: la de constitución de la misma pulsión, en tanto le proporciona un representante representativo<sup>1</sup>. El aparato psíquico queda constreñido así entre dos exigencias de trabajo, si lo consideramos desde un punto de vista económico:

<sup>1</sup> "[...] El objeto es el revelador de la pulsión. Consideremos un organismo que tiene pulsiones que se manifiestan en lo somático: sus pulsiones sólo llegarían a existir y sólo serían para él objeto de conocimiento, o sólo movilizarían en él mecanismos de significación, en la medida en que el objeto las revelara. Lo que quiere decir, de modo más claro, que es a través de la existencia del objeto y, en particular, de la falta del objeto, que la pulsión se hace sentir, pues la pulsión satisfecha casi no hace sentir sus efectos." Green, André: *Conferências Brasileiras. Metapsicología dos limites*. Imago, Río de Janeiro, 1990.

el proporcionado por el *drang* de la pulsión, que surge desde el soma, y el que exige el trabajo de asimilación que impone el otro, en su proceso de transformación en representación psíquica. El aparato psíquico queda así configurado entre dos bordes: el soma y el mundo exterior (donde habita el otro). Pero no abarca a ninguno de estos dos bordes, que seguirán siendo exteriores a él. La posibilidad de incluir al mundo exterior surge de la tendencia ilusoria del psiquismo de colonizar y abarcar en su seno a estos bordes, transformándolos en un objeto. Intento destinado a fracasar, por lo menos desde las expectativas del sujeto: el otro tiene un resto irreductible, proporcionado por la presencia del otro del otro: en el caso del Edipo, la presencia del padre como otro de la madre, que impide la asimilación de ésta como objeto exclusivo del hijo. Existe también la posibilidad de que el psiquismo sea colonizado por el otro: es el caso de una madre que no deja espacio para que se constituya un espacio transicional en el que el psiquismo del hijo pueda desarrollarse.<sup>2</sup>

Desde el momento del nacimiento el sujeto busca la *compleción* perdida, intentando integrar al otro en su mismidad: misión imposible, dadas las características del otro (que había mencionado antes), pero nunca abandonada por el sujeto.

El hecho de que el otro exista, marca entonces el borde "exterior" al aparato psíquico. Es un borde que permanece abierto, por su carácter de irreductible respecto del sujeto. Permanece como un límite a conquistar, a reconocer y/o a negar. Una tópica que lo incluya es así inevitablemente abierta (y en esto coincido con Merea). Sin embargo, el aparato psíquico tiende constantemente a cerrarse sobre sí mismo: la presencia del otro constituye una herida narcisista que requiere solución (aunque ésta sea inalcanzable). Así, la representación que el sujeto se haga del otro tendrá siempre dos polos: por una parte da cuenta de la existencia del otro, del cual es un subrogado; por la otra tiende a negar su existencia, tal como se comprueba en el caso de la alucinación optativa del pecho.

En la página 7 de este mismo texto dice Merea: "El punto de vista tópico en la 3ª tópica implica la inclusión de la realidad exterior como una instancia del aparato, a la vez que la escisión de otra instancia, el yo." Y más adelante: "En cuanto al conflicto con la realidad exterior, éste no se refiere tanto a la realidad externa "representada" en el interior del aparato —y por lo tanto fácilmente adaptada al mismo por obra del trabajo de la idea (o el ideal) sobre lo real— sino de las incongruencias que se producen entre el yo

<sup>2</sup> El tema puede ser ampliado en Kaës, R. (1984): "Étayage et structuration du psychisme". *Connexions*, 44, 11-48.

heterónimo y el yo heterónimo de los otros, sobre todo en términos de agresión, culpa, lo igual y lo diferente; etc., etc."

Como dijera antes, el otro podría transformarse en un objeto cabal, si no fuera por el otro del otro. El objeto de la pulsión es aleatorio, como ya lo había señalado Freud. Podemos entender esto como que la tendencia del aparato psíquico es dominar al otro incoercible, y transformarlo en un peón de sus tendencias. Pero el otro no es un objeto aleatorio: como también mencionaba antes, es condición *sine qua non* de la formación del psiquismo<sup>3</sup>. En esto estamos de acuerdo con J. Laplanche, en el sentido de que la sexualidad es implantada en el niño desde el exterior<sup>4</sup>. Merea subraya, con justicia, el efecto de herida narcisista que implica para el sujeto la comprobación de esta dependencia fundante de su psiquismo respecto del otro. El desarrollo del aparato psíquico no está así configurado, a mi juicio, como una tendencia innata que se desarrolla complementándose con el otro, que ocupa un estatuto de objeto aleatorio de la pulsión (que lo busca como tal), sino en una relación dialéctica compleja en que potencialidades genéticas son despertadas —podríamos decir, creadas— por la presencia de la función materna.

Lo que surge de estas reflexiones es que el mundo exterior solo puede ser considerado integrando al aparato psíquico después de haber sido sometido a un cambio, a una asimilación, que transforma lo heterogéneo a él en homogéneo. Pero, al final de este proceso, el otro *ya no será exactamente mundo exterior*.

Es evidente que sólo podremos dar cuenta de la totalidad de la situación del sujeto si incluimos en ella al otro, en función de la exigencia de trabajo a la que somete al sujeto. Esto, y la necesidad de tener en cuenta la determinación que produce en ambos la existencia de pactos inconscientes entre ambos, es lo que otorga sentido a los tratamientos vinculares. Debemos considerar a estos pactos como un instrumento que el sujeto y el otro implementan para sostener la ilusión, precisamente, de una continuidad del psiquismo de cada uno que abarque al otro totalmente.

En la página 11 Merea dice: "La psicopatología del Aparato Psíquico Ampliado está basada principalmente en el grado de aceptación o no, por parte del sujeto-yo, de las *diferencias estructurantes*: yo-no yo, diferencia de sexos,

<sup>3</sup> Recordemos las observaciones de R. Spitz acerca del hospitalismo en niños privados de un objeto sexualizante.

<sup>4</sup> Laplanche, J.: *Nuevos fundamentos en psicoanálisis*. Amorrortu editores, Buenos Aires, 1990.

diferencia vida-muerte, y tal vez diferencia generacional." Acuerdo en líneas generales con esta posición del autor, a las que desearía agregar algunas reflexiones. Pienso que podemos considerar dos series de diferencias estructurantes: las que surgen de la estructura de las fantasías originarias y la que surge de la estructura edípica.<sup>5</sup>

Respecto de las primeras: Las categorías yo-no yo; lo mismo-lo otro y lo anterior-lo posterior se constituyen en el momento en que se estructuran las primeras fantasías (es decir, los primeros contenidos psíquicos). Las fantasías originarias se constituyen en ocasión de las primeras experiencias del niño con la madre, y si bien son el resultado de una experiencia vivencial, construyen paulatinamente una estructura que da forma, dentro del psiquismo, al registro de las experiencias (es decir, a las representaciones que dan cuenta de esta experiencia y a las fantasías alrededor de las cuales estas representaciones se sistematizan.<sup>6</sup>

En lo que hace a las segundas, mi opinión es que se debe entender el complejo de Edipo como la ubicación del sujeto respecto de los parámetros proporcionados por la diferencia de sexos y la de las generaciones.<sup>7</sup>

Tanto la estructura proporcionada por las fantasías originarias, como la que proviene del complejo de Edipo, se han construido en ocasión de las relaciones del sujeto con los otros significativos.

Los bordes del aparato psíquico son un efecto de esta estructura. D. Anzieu<sup>8</sup> dice que: "Un grupo es una envoltura gracias a la cual los individuos se mantienen juntos. [...] Reducida a su trama la envoltura grupal es un sistema de reglas que opera, por ejemplo, en todo seminario, bien sea religioso o psicossociológico. Desde este punto de vista, toda vida de grupo está atrapada en una trama simbólica que es la que lo hace perdurar." Y más adelante: "Una envoltura viva como la epidermis, que se regenera rodeando el cuerpo y, como el Yo que se esfuerza en englobar el psiquismo, es una membrana que presenta dos caras. Una mira hacia la realidad externa, física y social y, funda-

<sup>5</sup> Me he referido más ampliamente a este tema en mi trabajo "Structure du fantasme et du transfert dans les groupes", en *Les voies de la psyché*, Ed. Dunod, París, 1994.

<sup>6</sup> Acuerdo con J. Laplanche en que no se puede admitir el origen genético de estas fantasías, pero aprovecho la descripción que de ellas hiciera, junto con J.-B. Pontalis, en *Fantasia originaria, fantasía de los orígenes, origen de la fantasía* (Gedisa, Buenos Aires, 1986) y en el *Diccionario de psicoanálisis* (Labor, Barcelona, 1983).

<sup>7</sup> Estos parámetros son los que menciona C. Lévi-Strauss como condición de la entrada del hombre en la cultura. Pienso que constituyen la culminación de este proceso, del que la estructura de las fantasías originarias es el comienzo.

<sup>8</sup> Anzieu, D.: *El grupo y el inconsciente. Lo imaginario grupal*. Biblioteca Nueva, Madrid, 1986, pág. 13.

mentalmente, hacia otros grupos parecidos, diferentes o antitéticos en cuanto a sus sistemas de reglas y que serán considerados como aliados, competidores o neutros. Gracias a esta cara, la envoltura grupal edifica una barrera protectora contra el exterior. Si hubiera lugar a ello, puede funcionar como filtro de las energías que acoge e informaciones que recibe.”

El aparato psíquico singular se configura con cierto grado de isomorfía respecto al contexto vincular (grupal) de donde ha emergido<sup>9</sup>. Había dicho antes que los parámetros organizadores del psiquismo surgen de estas relaciones, y tienen un efecto estructurante, especialmente en lo que hace a la constitución de sus límites. Un estímulo que viene del exterior<sup>10</sup> se encuentra con esta estructura que lo enfrenta, lo “digiere”, lo transforma de heterogéneo en homogéneo. *La piel del aparato psíquico es efecto de esta estructura*. Los bordes del sujeto están dibujados por el trabajo de transcripción de esta estructura transformadora. Aun cuando consideremos la apertura del aparato psíquico, siempre hay un borde, en la medida en que siempre hay un bosquejo, aunque sea mínimo, de estructura.<sup>11</sup>

En esta misma página 11 Merca agrega que “El psicoanálisis ya había concebido al cuerpo como realidad exterior para el psiquismo, aunque este último estuviera en íntima y profunda co-implicación con el primero como condición imprescriptible, necesaria pero no suficiente para el psiquismo (no suficiente porque lo determinante de *la existencia* del psiquismo es que haya un cuerpo, un cerebro, lo determinante *de su característica y de su funcionamiento es la existencia del objeto*.” He afirmado que la psique tiende a transformar lo heterogéneo en homogéneo, al otro irreductible en objeto aleatorio de la pulsión. El otro, tanto como el propio cuerpo, se resisten a este tratamiento. Entre la psique y lo que la rodea se establece un constante proceso de transcripción, de mentalización, que tiende a transformar lo otro en lo mismo (y a diferenciarlos, en la medida en que encuentra que lo otro es parcialmente irreductible a lo mismo). El hecho de que siempre quede este resto irreductible, hace que una tópica infinita, que abarque todo lo que la rodea, sea una ilusión de la psique.<sup>12</sup> Esta ilusión no deja de ser eficaz: de aquí surge la realidad psíquica que el sujeto pueda atribuir a las fantasías que incluyen al otro, co-

<sup>9</sup> Véase Kaës, R.: *El grupo y el sujeto del grupo*. Amortortu editores. Buenos Aires, 1995.

<sup>10</sup> Ya sea este exterior el mundo exterior o el propio soma del sujeto.

<sup>11</sup> Concuerdo en esto con H. Kohut, cuando habla del “proceso de internalización transmutadora por el cual una función del objeto/sí-mismo se convierte en una función del sí-mismo”. *Los seminarios de Heinz Kohut*, Paidós, Buenos Aires, 1990.

<sup>12</sup> Freud había hablado del sentimiento oceánico: pienso que este estado del psiquismo corresponde a este estado de indiferenciación ilusorio.

mo se puede observar especialmente en tratamientos vinculares. *De lo que se trata, en mi opinión, es de pensar la ampliación de los límites del aparato psíquico como un efecto de la subjetividad del sujeto, más que como una realidad de sus posibilidades.* Sería también interesante diferenciar el concepto de objeto, como componente del aparato, del otro, como el referente de la realidad a partir del cual el objeto se ha construido.

En la página 13 de su addenda, Merea nos dice que “En el Aparato Psíquico Extenso, el cruce entre el conflicto intersubjetivo y la necesidad de aceptar las diferencias estructurantes del sujeto y el pasaje a la interobjetividad obliga a una condición inestable u homoherética permanente del aparato y a la cuarta herida narcisista que supone que el otro —y ya ni siquiera nuestro propio inconsciente individual— esté en el centro de nuestro psiquismo y fuera de nuestro dominio.”

Entre lo que ha podido ser asimilado y lo que resiste, desde el otro, a esta posibilidad, se establece una relación compleja. Desde Eros, se establece la tendencia al reconocimiento de la alteridad del otro. Desde Tánatos, observamos la tendencia opuesta. El otro pasa a confundirse con el sujeto. La tópicca, desde la subjetividad del sujeto, deja de tener límites y abarca al universo donde habita el otro. La patología relacionada con el narcisismo está relacionada con esta posibilidad, y seguramente la idea de un Aparato Psíquico Extenso puede ser un instrumento conceptual valioso para encarar su estudio.